

## ¿DÓNDE HAY MUJERES?

*Fortún\**

No sé si los benévolo lectores de la *Ilustración* se acordarán de un artículo que titulé «Tras de la cruz está el diablo», en que les referí la historia de unos amores de mi amigo Antonio, el que llamaba *crisis* a todos los acontecimientos un poco graves de su vida. Es preciso que yo aluda a ese artículo para que mis lectores conozcan al interlocutor que voy a presentarles, que es el mismo Antonio, quien después de una larga ausencia ha vuelto a visitarme, como siempre, para contarme sus *crisis*.

Más de un año hacía que yo no lo veía. Ignoraba yo absolutamente su situación y me lo figuraba escarmentado en materia de amoríos, después del triste desengaño que llevó con su prometida, la devota Inés. Estos amigos que nos ven rara vez saben dar a sus visitas el carácter de acontecimientos, tienen mucho que preguntar, mucho que referir, nos recuerdan una multitud de incidentes que habíamos dejado pasar desapercibidos, y por fin no dan a su conversación la monotonía que llegan a adquirir las relaciones de gentes que se ven muy a menudo. Los hombres más espirituales, los que tienen gracia para narrar, los que muestran más originalidad, al cabo de una semana nos han hecho conocer todo lo que saben, todo lo que puede ocurrirles, y después, después les podemos tener afecto, pero su gracia ha disminuido, en sus palabras no hay novedad y tenemos que oírles frecuentes repeticiones. El arte de la conversación es difícilísimo, pero los más consumados en él no son inagotables... En esa especie de improvisación que debe ser ligera, viva, rápida, las repeticiones llegan a ser necesarias y el que habla no conoce cuándo están gastadas ciertas narraciones. Defecto es este en que incurrir suelen ciertos escritores, aunque con menos frecuencia, porque al escribir hay más tiempo que al hablar, para reflexionar, para recordar y para inventar.

Como Antonio me ve tan de cuando en cuando, siempre hallo algo nuevo en sus ideas y aun en su estilo. En el fondo siempre es el mismo, aturdido, ligero, impresionable, exagerado en todas sus impresiones; pero el efecto de estas impresiones da distinto giro a sus ideas y a sus sentimientos, y, por consecuencia, a su expresión. En él se verifican cambios extraordinarios, tiene la manía de establecer principios generales, fundándose en casos aislados, y se cree muy conocedor del mundo cuando llega a conocer a una persona. Más de dos años hace que me contó sus últimas aventuras de amor. Hoy ha vuelto a verme, y si entonces desconfiaba de las mojigatas y de las tímidas diciendo: «Tras de la cruz está el diablo», ahora se me presenta como hombre de mundo, como lleno de experiencia y de desengaños, como escéptico, y cada vez que

\* *Fortún* [Francisco Zarco], «¿Dónde hay mujeres?», *La Ilustración Mexicana*, IV, núm. 14 (1853-1854), pp. 420-427.

<http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a2f3?intPagina=436&tipo=publicacion&anio=1853&mes=01&dia=01>

termina sus narraciones o sus razonamientos pregunta: «¿Dónde hay mujeres?». Esta cuestión me ha parecido demasiado original en un joven que ha pasado sus mejores años en aventuras galantes y ha tenido amores más o menos puros, viviendo siempre entre el bello sexo.

¿Dónde hay mujeres? La pregunta es sin duda extravagante. En todas partes, le dirá cualquiera. Dondequiera que hay hombres, pues, según los datos estadísticos más bien reunidos en todos los países, nacen con poca diferencia en igual número los individuos de ambos sexos. ¿Dónde hay mujeres?, seguirá preguntando Antonio, que tiene la monomanía de esa cuestión, y al fin llegará a negar que son mujeres, individuos a quienes fisiológicamente nadie puede negarles esa clasificación. Atacada así la base de toda la cuestión en el particular, no hay medio de convencerlo. Es preciso dejarlo con su tema y compadecerlo, como se compadece a todo delirante.

Vais a ver por sus palabras que su manía es incurable. Hoy se presentó en mi casa, me abrazó afectuosamente, se informó con interés de mi salud, de mis negocios, y se sentó, exclamando:

—¡Tiempo hacía que deseaba verte! Pero vivo fastidiado, cansado, siento pereza para moverme, y se me hace duro llevar mi tedio y mi desaliento a la casa de mis amigos. Para sacudir este cansancio he viajado, he corrido por todas partes; pero nada..., la vida ya no tiene atractivo para mí...

—Pues ¿qué ha sucedido? ¿Nuevas crisis?

—¡Ah! ¡Crisis! Ya me acuerdo, siempre te contaba esas tonteras, boberías que ahora me avergüenzan..., tan falsos eran mis placeres como mis dolores.

—¡Extraña filosofía! —le dije—. ¿Sostienes ahora que en la vida todo es mentira?...

—Casi, casi... Pero no, yo no sostengo nada, no profeso ningún sistema... El caso...

—¿Te has vuelto fatalista?

—Tampoco, te aseguro que no soy nada...

—Pero ¿de dónde te vienen tantas negaciones? Vamos, algún amor desgraciado... Siempre las mujeres...

—¡Mujeres! Estás loco... Dime, dime, ¿dónde hay mujeres?

—¡Hum!

—Sí, responde: ¿dónde hay mujeres?

—En las cinco partes del mundo...

—Mentira.

—¡Cómo!

—Entendámonos, ¿qué entiendes tú por *mujeres*?

—Hombre, no encuentra uno modo de definir de pronto cosas de que no espera que le pidan nunca definición; pero mujeres son... las hembras del género humano...

—Es decir...

—Eso me parece bastante claro.

—Sí, es verdad, tu definición es un poco zoológica, un poco materialista, pero así la acepto; las hembras del género humano, está bien. Pero el hombre no tiene solo la necesidad de reproducir su especie, tiene otros deseos, otras ambiciones con respecto a la mujer. La hembra del género humano, como tú has dicho, debe tener no solo rela-

ciones físicas con el hombre, sino relaciones morales, relaciones espirituales, relaciones del alma, del corazón...

—¡Y las tiene, eso es indudable!

—Pues entonces, ¿dónde hay mujeres?

—En todas partes.

—Eso es mentira. Hemos hablado de esas relaciones morales...

—Que existen perfectamente entre los dos sexos; se encuentran en ellos las mismas buenas cualidades, los mismos defectos, lo que al uno falta se compensa en el otro. La debilidad femenina necesita como amparo de la fuerza del hombre; si el hombre raciocina mejor y hay más exactitud en sus juicios, en la mujer hay más imaginación, más sentimiento. La unión del hombre y la mujer los completa, forma de ellos un solo ser, como decía Platón, que veía en cada uno la mitad de un solo individuo. Todo se compensa: el hombre vive por los músculos, la mujer vive por los nervios, como dice...

—Nunca acabarás de citarme opiniones ajenas sobre contraste y compensaciones entre los dos sexos, pero yo repito que no hay mujeres, que no he hallado en ellas lo que buscaba, y por eso preguntaré siempre a naturalistas y filósofos, a médicos y poetas, ¿dónde hay mujeres?

—Y todos te contestarán que en todas partes. Pues si tú te has formado una idea absurda y quimérica de las mujeres, de eso tú tienes la culpa...

—Yo he buscado esas analogías, esos contrastes, esas compensaciones. No las he encontrado, me cansé ya, y así, ¿dónde hay mujeres?

—Yo no sé lo que tú buscabas, pero mujeres son, y muy mujeres, las que se dicen tales, y en ellas hallarías las mismas pasiones, los mismos sentimientos, los mismos infortunios que en los hombres, los mismos defectos, las mismas debilidades... ¿Han de tener más razón los animales que el hombre? El toro no busca alas en la ternera, el gallo no se admira de que sea ave la gallina...

—Todo eso parece sin réplica, incontestable, pero ¿tengo yo la culpa de que la mujer haya dejado siempre un vacío inmenso en mi corazón, de no haber sido comprendido, de haber sufrido tantas decepciones y desengaños, de verme obligado a reprimir el deseo de amar como quien teme hundirse en abismos, caer en precipicios?

—Esos son caprichos. Habrás querido cosas imposibles. Te habrás dejado llevar de la ridícula manía de creer en tu superioridad y reputarte incomprendible, finges miedo y temor para tener de qué quejarte...

—¡No hay mujeres! ¡No hay mujeres! Lo repito. No son como yo me las figuraba, como yo las quería...

—Querrías sirenas o nereidas...

—No, yo quería un encanto duradero, un amor constante, un placer eterno..., pero todo cansa.

—De tu volubilidad haces cargo a la mujer.

—Ella tiene la culpa de que seamos volubles.

—No, la volubilidad es un defecto. Pretendías lo imposible. En este mundo nada puede ser eterno...

—Eso es justificar la volubilidad...

—No es eso, pero al desear, se cede a un capricho, y no se piensa en que poseer tiene menos encanto que esperar...

—Sea de eso lo que fuere, no hay mujeres...

—Si no oyes, si te encaprichas... Pero no tienes remedio. Al fin veamos de dónde viene esa paradoja... Cuéntame tus aventuras. Estoy casi seguro de que tus *crisis*, tus aventuras, son el fundamento de tu extravagante manía.

—¡Paradoja! ¡Manía! Sea enhorabuena, pero llámala como quieras, me mantengo en mis trece. Esas no son mujeres, no lo pueden ser; no: seres neutros, como los zánganos de las colmenas...

—Esos son disparates.

—¡Corriente! Pero puesto que me preguntas, escúchame, y escúchame hasta el fin.

—Vamos a ver.

—Una vez que te gusta apelar a autoridades de ciertos escritores, comencemos por citar a Balzac en sus...

—En sus *Petites misères de la vie conjugale*... Recuso esa autoridad...

—No, no es esa obra. En su *Fisiología del matrimonio*, en cuanto a datos estadísticos...

—No entiendo...

—Balzac en Francia prueba que para ciertos hombres no hay mujeres. Según esa analogía que tú mismo has dicho que debe existir entre los dos sexos, resulta que, en el actual estado del mundo, sin que en esto haya idea de orgullo, puede decirse que hay hombres superiores a muchas mujeres...

—Es verdad, pero no es menos exacto, según ese cálculo, que hay mujeres superiores, muy superiores, a muchos hombres... Ya recuerdo el cálculo de Balzac... Descuenta para el parisiense a las mujeres de campo, a las mendigas, a las hilanderas, y de ahí infiere que quedan pocas mujeres para el hombre bien educado, para el *bourgeois*...

—Ese cálculo es exactísimo y puede hacerse en México, donde debe dar un resultado más triste, porque son mayores las diferencias que aquí nos separan unos a otros, contándose aun la de raza; es mayor la ignorancia del pueblo, su desaseo, todo lo que lo hace repugnante...

—¡Alto ahí! Aquí y en todas partes el mismo cálculo puede hacerse por ambas partes. ¿Ha de entristecerse la parisiense porque no son para ella los obreros, los soldados, los marineros, todos los que tienen *petits métiers*? Aquí sucede lo mismo, descuenta para los hombres a las castas, a ese enjambre de fruterías, de gente del campo, pero descuenta también para las mujeres a los albañiles, a los cargadores, a los criados y quedamos a mano.

—Pero Balzac tiene razón, siempre resulta que debe uno preguntar dónde hay mujeres.

—¿Y por qué no preguntas también dónde hay hombres?

—Eso no es cuenta mía.

—Buena salida. Pero ese descuento, siendo igual para ambos sexos, da para todos iguales resultados, con una diferencia, sin embargo, con una desigualdad. ¿Qué mujer, la más humilde de la clase media, no se sentiría humillada, ofendida, de que un hombre del pueblo se atreviera...? Mientras, en un hombre nada se pierde en un des-

liz; y si la mujer más baja, socialmente hablando, es un poco bonita, procura que no se incluya en el descuento de Balzac, de manera que para los hombres como tú no hay mujeres en todas partes, en lo más alto y en lo más bajo, y en último resultado la queja es infundada...

—Hay algo de verdad en eso, pero yo hablo de amor...

—¿Y crees que queda en el hombre algo de pureza, de esa pureza que buscamos en la mujer después de descender a lo más bajo, a lo más material?

—Queda y no queda, pero de esa degradación nadie es culpable.

—Eso es otra cuestión.

—¿Admites al fin la rebaja de Balzac?

—Sí, pero la hago extensiva a los dos sexos, con la diferencia que he establecido, que no deja de ser importante. Pero aun admitiéndola sin observación, habrá mujeres en la cifra que queda...

—Allá voy. Ya sabes, y eso está fuera de toda duda, que el hombre es un compuesto de alma y cuerpo, y que, sea por lo que fuere, si en la mujer no encontramos algo de hermosura, no le hallamos atractivo, aunque sea buena y virtuosa, y aunque sepamos que nos ama... De menos de un millón que quedarán de nuestra clase, rebajo entre tuertas, bizcas, corcovadas, contrahechas...

—¡Basta, por Dios! Yo comenzaré la rebaja de los tuertos y cojos, y de todos los hombres que tienen tanto de monstruoso. Tú al fin no tienes mala figura, pero ¿no es injusticia pedir a la mujer que venza el poder de los sentidos cuando es más débil que nosotros? Si seguimos esa rebaja, estoy seguro de que es mayor el número de feos que el de feas... No es lisonja decir *bello sexo*, sino verdad, verdad pura. Hay siempre más belleza en la mujer...

—Pero ¿no es tontera en una mujer preferir a un buen mozo, preferirlo a un hombre de buenas cualidades?

—Tal vez, pero es tontera más frecuente en los hombres que, como tú dices, buscan hermosura antes de nada...

—Yo veo la cuestión por un lado, y en mi cuenta hago siempre la rebaja de las feas superlativas...

—Si las mujeres hicieran otro tanto, se acercaría el fin de las generaciones.

—Las mujeres excesivamente feas, lo mismo que las viejas, pertenecen al género neutro. A ellas son tal vez a las que los alemanes dicen *das Weib, lo mujer*...

—Rarezas del idioma en que se dice *la sol y el luna*...

—Pero puesto que yo y algunos otros conmigo establecemos esa rebaja, convendrás en que tenemos razón para preguntar dónde hay mujeres.

—Aun así, se puede contestar que en todas partes, a menos que no quieras Venus de Fidias... Con todo y ese rebajo, estoy seguro que mujeres feas, sí, feas conforme a las reglas de la escultura, te han de parecer lindas si tienen brillo en la mirada, gracia en la sonrisa, voluptuosidad en el andar... Si solo fuera posible amar a mujeres que reunieran todas las perfecciones físicas, ¡pobre género humano! Una verruga, una peca, la robustez, la flacura acabarían con el amor... Tu rebaja de las feas es un absurdo... A veces ellas inspiran pasiones tanto más vehementes cuanto que no se fundan en una mera exterioridad...

—Fenómenos, extravíos de las pasiones...

—No, sino que en el compuesto de alma y cuerpo suele tener más fuerza el alma. Y como no se ama con los sentidos, sino que en el amor verdadero goza el espíritu, el pensamiento y se embellecen las ideas todas, la hermosura física puede llegar a ser un mero accesorio... Si así no sucediese, se dejaría de amar a una mujer cuando vemos que otra es más bella.

—¡Temiendo estoy que seas capaz de enamorarte de la mujer más fea del universo!

—De eso no hay quien no sea capaz..., y eso prueba que el descuento es absurdo. Lo repito, hay mujeres en todas partes.

—Ya no disputo; bien ves que no insisto en nada, no porque me declare vencido, sino porque, encerrado en mis últimos atrincheramientos, me encuentro fuerte y siempre con mil razones para decir que no hay mujeres, no hay mujeres como yo las soñaba, fuente perenne de ventura, realización de todas mis ilusiones...

—Si has soñado mujeres de dos cabezas, o con alas, o con una protuberancia como la del unicornio...

—Paso ya a la parte moral...

—Las hallarás iguales al hombre, ni mejores ni peores en general. Esa igualdad existe: otra cosa sería monstruosa.

—Niego esa igualdad. Lo monstruoso es lo que existe y yo tengo mundo, tengo experiencia...

—De excepciones, de casos aislados...

—¿Conque todo lo que me ha sucedido, todo lo que he sufrido, no me da derecho ni de quejarme?

—Quéjate cuanto quieras. Esa que llamas experiencia debe hacerte más cauto, pero no tienes derecho a sentar reglas generales, y no lo tendrías aunque vivieras mil años.

—¡Cómo!

—Lo dicho, dicho. ¿Tienes tú acaso la pretensión de ser el único que pueda jactarse de conocer a fondo al género humano? ¿No sabes que es eso imposible, que cada hombre, el más oscuro, el más insignificante, tiene algo que no se encuentra en todos los demás?

—No alambico tanto la cuestión, pero, en punto a mujeres, tengo mil razones para quejarme porque son falsas, pérfidas, inconstantes, coquetas, volubles, ingratas, frías, insensibles, ambiciosas, vanas...

—Son como los hombres...

—Pero hay hombres que no son así...

—Y mujeres que no tienen ninguno de esos defectos.

—¿En dónde? ¿En dónde?

—No es difícil encontrarlas.

—¿Cómo? ¿Ahora no me respondes que en todas partes?

—Porque eso no sería cierto.

—¿Al fin convienes?

—No convengo en nada. Pero sí creo que hay mujeres excelentes, mujeres en que prevalecen las buenas cualidades sobre defectos que ellas saben y pueden moderar y corregir...

—Mujeres que yo nunca he encontrado.

—Peor para ti.

—No las he encontrado porque no las hay.

—Ese es un solemne desatino. De que tú no encuentres algo no se infiere que ese algo no existe...

—Pero al menos no existe para mí...

—Eso puede ser, pero de ahí nada resulta en contra de la mujer, sino de ti, que te habrás alucinado, que te habrás dejado engañar...

—¡Perfectamente! Hazme creer ahora que yo tengo la culpa de todos mis sufrimientos y, sobre todo, de este miserable tedio que me consume, porque a pesar de mis desengaños, confieso que no puedo vivir sin amor...

—Pero como no hay mujeres...

—Me queda el fastidio, la desesperación, desear lo imposible es el más horrible de todos los martirios, es el sufrimiento eterno del Satán de Milton..., pero ya al menos no me has dicho que mujeres, como yo las quiero, se encuentran en todas partes. Al fin has de convenir conmigo en que la mujer se ha perdido como se perdieron en el diluvio los mastodontes...

—Poco bella es la comparación y falso el pensamiento.

—Pues señor, sigo en mi descuento. Para hombres que tienen la desdicha de tener ideas superiores a las del vulgo, una imaginación ardiente, un espíritu poético. Ya sabes que Byron decía que entre los que no escriben puede haber muchos poetas ignorados. Para esos hombres, pues, deben descontarse todas las mujeres que, aunque sean bonitas, son tontas, estúpidas, insulsas, sin alma, sin ideas.

—Convenido. Pero quedamos en la misma. Para las mujeres de imaginación y de ideas elevadas, como hay muchas, debemos rebajar la multitud de tontos, de salvajes, de idiotas...

—Pero hay una diferencia. Los hombres son tontos de más buena fe, no engañan, no disimulan, y las mujeres, con sus reservas y su fingida modestia, se confunden todas. ¿Cómo después de un año de monosílabos y mudas sonrisas hemos de adivinar que mujeres lindísimas adolecen de cretinismo? A propósito de esto, te diré que tuve unos amores más platónicos que todos los demás; era una niña bella, primorosa, encantadora, comprendía que yo la amaba, pero la veía yo solo entre su familia, este permanente obstáculo avivaba el deseo... Al fin una casualidad me proporcionó un *tête-à-tête*... La cabeza de mi adorada era una región virgen de ideas, era el idiotismo en toda su deformidad, y no lo parecía... Creí que la turbación de una primera entrevista a solas..., otra, luego otra..., era una máquina, un autómatas... ¡Cuántas habré así, como el busto de la fábula! ¿Cuántas rebajamos?...

—No sé.

—Pero ¿dudas de ese fenómeno?

—No.

—Pues ¿dónde hay mujeres que no sean un portento de estupidez?

—Ese extremo es raro.

—Y yo tengo la fortuna de tropezar con fenómenos. Otra rebaja. Las muy ignorantes..., las muy mal educadas... En esto al menos no se puede poner en duda la in-

ferioridad del sexo. La preocupación, la costumbre, hace que se les eduque de una manera distinta del hombre... ¿Puede uno resignarse a vivir con una de esas mujeres que nada saben, que nada leen, que hablan mal su lengua, que ponen a uno en ridículo mostrando la más crasa ignorancia? ¡Vamos! Y te diré que de estas he conocido muchas... ¿Dónde hay mujeres que no sean así?

—¿Quieres literatas?

—*¡Vade retro!* Eso es otra plaza...

—Entonces...

—Ni uno ni otro. Quiero que la mujer tenga talento natural, que no ostente instrucción, pero que la posea suficiente en todo lo que puede hacer grata su conversación y su trato diario, que en ella haya algo que valga más que la hermosura...

—Pues así hay muchas. Ahora la educación ha mejorado...

—Pero las que algo saben se vuelven orgullosas, vanas, charlatanas...

—Ese es el escollo de la superioridad en cualquier género...

—Yo tengo razón; no hay mujeres...

—¡Absurdo!

—En estos dos años he adquirido tan triste convicción. Habrá, habrá todo lo que quieras. Pero cuesta tanto trabajo encontrar algo bueno... En un campo de malezas puede haber una rosa delicada, pero para alcanzarla llega uno desangrado, hecho pedazos... En un vasto arenal puede existir un grano de oro... Pero te concedo que existen todas las virtudes, todos los encantos; yo no los he encontrado y me cansé ya. Para mí no hay mujeres... Pudiera yo ir siguiendo mis descuentos... Soy víctima de mil desengaños... Prescindiendo de las feas, de las tontas, de la vanidosas, ¡cuántas veces las lindas, las que tienen talento sin orgullo, me han desencantado con otros defectos! No comprenden el amor puro y desinteresado, el sentimiento santificado por el exceso de la pasión... Después de mi devota, me hice el ánimo de no volver a amar... Pero fui débil, amé una vez más y después, lleno de amargura, seguí estudiando a la mujer sin amarla, ¡y estoy horrorizado!

—Cuando uno no ama, los defectos crecen, se abultan...

—¡Puede ser!... Pero la idea poética de la mujer no es más que una quimera cuya realización no se halla en este mundo... ¿Disculpas a las que se venden a la riqueza?

—Según; variando el pensamiento de Madame de Staël, puede decirse que el matrimonio es el asunto de toda la vida en la mujer, mientras que en el hombre no es más que un episodio... Si la mujer calcula lo que es la subsistencia, lo que importa la miseria, lo que vale la fortuna para la educación de los hijos, puede tener razón en negar su mano a un Adán...

—El amor no piensa tanto, no ve tan lejos.

—Hace mal en ser tan miope.

—A otra cosa. ¿Qué te parecen los genios fuertes, iracundos, violentos?

—Cuestión de temperamento.

—¿Y qué remedio?

—Sufrirlos.

—¡Cómo!



—Sí, en toda clase de uniones puede haber desigualdades. Cuando las hay, para que haya paz se necesita que haya víctima y verdugo. Si ambos quieren verdugos, si nace la resistencia, se enciende la guerra civil...

—¡Vaya una moralidad!

—En la práctica es tal vez la mejor. Pero las mujeres iracundas son fáciles de gobernar sin gritos, sin disputas. La astucia logra más que la fuerza. La dulzura hace más que el rigor.

—¿Y las celosas por imprudencia?

—Dan una prueba de amor...

—O de orgullo y de envidia.

—A veces se mezclan las tres cosas en los celos. Pero o son fundados o no. Si lo son, la culpa es del marido; si no lo son, es fácil calmarlos y deben lisonjear el amor propio del esposo.

—No opino así. ¿Y las infidelidades? Vamos, en este punto, que es la cuestión culminante del matrimonio, supongo que no hallarás defensa, que no negarás hechos que pasan a la vista de todos...

—Las infidelidades están en la naturaleza de las cosas. ¡Cuestión de reciprocidad!

—Hay en eso algo de cinismo. ¿Con qué debe uno conformarse?

—Yo no sé lo que deba hacer nadie. Pero el hecho es igual por ambas partes; la falta, idéntica; y si hemos de clamar contra la mujer, clamemos contra el hombre...

—Pero no es el mismo, hay más culpa en ella; los resultados...

—El amor no ve tan lejos... Esta respuesta es tuya... Considera que, en punto a infidelidades conyugales, las faltas son menos frecuentes en las mujeres que en los hombres, ya por falta de ocasión, ya porque ellas tienen que decidirse a manchar su honor, ya por timidez... En cuanto a resultados, que los estime la jurisprudencia... El hecho, moralmente hablando, tiene igual gravedad. Si hay reciprocidad, no hay de qué quejarse. Pero tú, que tantas razones has enumerado para probar que se pierde la ilusión en la mujer, y hasta que no hay mujeres, ¿no has pensado nunca en todo lo prosaico, lo cansado, lo repugnante que ojos femeninos pueden ir descubriendo en el hombre, ya seas novio, amante o marido? Si tú tienes razón para cansarte, para buscar otra cosa, ¿por qué no la han de tener ellas para eso y para decir después que no hay hombres? ¿Admites que hay hombres buenos? Pues fuerza es que admitas que también hay mujeres excelentes.

—Palabras, sofismas...; yo tengo experiencia, yo tengo mundo, me han engañado, no hay mujeres...

—Basta de esa eterna letanía. Comprendo que tu alma esté gastada, que tu corazón se haya secado, porque con las pasiones no se juega impunemente. Creo que has sido burlado y engañado... Eso merece compasión sin duda, pero, con todo, tus declamaciones son el colmo de la injusticia... Oye, Antonio, para que comprendas que eres soberanamente injusto, respóndeme: ¿te crees bueno y puro todavía?

—Sí.

—¿Te crees aún capaz de amar si encuentras una de esas mujeres de tus ensueños?

—Con toda el alma.

—¿Y piensas que una mujer así sería feliz a tu lado, y serías digno de ella?

—Evidentemente.

—Ahora bien: figúrate una mujer buena, pura, inocente, llena de las ideas y sentimientos que tú tenías en los primeros años de tu juventud...; esto se concibe, es posible... Figúrate además que esa mujer engañada, burlada por sus amantes, hubiera tenido unos tras de otros: militares, médicos, poetas, abogados; que unos le hubieran parecido tontos, otros fríos, estos vanidosos, aquellos inconstantes. Figúrate todavía que además de amoríos platónicos, de noviazgos frustrados, hubiera tenido algunos deslices, uno siquiera..., y que por fin de cuentas nos gritara que no hay hombres, y que ella es una perla, un diamante... ¿Qué dirías tú de esa mujer?

—¡Hum!

—¡Responde!

—¡Quién sabe!

—¡Ah! No quieres hablar..., conoces que te condenarías a ti mismo... Pero yo diré lo que tú dirías. Despreciarías a esa mujer, no la creerías, y de sus males le echarías la culpa.

Antonio calló, se paseó por el cuarto, y después dijo con la firmeza y seguridad de un maniático:

—Lo repito: no hay mujeres.

En seguida me refirió escenas de amor más o menos insulsas, rompimientos, riñas, y concluyó como apoyándose en su narración:

—¿Dónde hay mujeres?

Se ve, pues, que el pobre de mi amigo no tiene remedio, que por ahora es un loco incurable... ¿Se le debe condenar? ¿Se le debe despreciar por su obstinación? No, porque a pesar de todo tiene buen fondo, y acaso no es culpable en su rara monomanía.

No pretenderé defenderlo después de haber combatido casi todas sus paradojas, pero en sus exageraciones, hijas de dolorosos desengaños, hay, sin embargo, un triste y amargo fondo de verdad.

Las ideas de suma perfección quedarán siempre burladas.

Es absurdo buscar la realización de quiméricos ensueños.

En la mujer es preciso resignarse a encontrar los mismos defectos que en el hombre; unos en mayor, otros en menor escala.

Tal vez no carece de todo fundamento la rebaja estadística de Balzac.

Son desgraciadas las naturalezas en que predomina la imaginación, y los que buscan grandes bellezas, grandes perfecciones, cualidades inmaculadas, nada encuentran en este mundo que llene sus deseos.

Yo, francamente, no me inclino ni en pro ni en contra del uno ni del otro sexo. Me parecen iguales. Creo que no puede haber más grande imparcialidad, a menos de no volverse hermafrodita.